

Introducción. Revolución, reforma, mutación. Cambio y continuidad en la teoría política

Agustín José Menéndez Menéndez¹, Andrea Greppi²

[en] Introduction. Revolution, reform, mutation. Change and continuity in political theory

Revolución y reforma se presentan como formas alternativas de encauzar la fuerza normativa de la modernidad. Sin embargo, el derrumbe de los regímenes políticos del llamado “socialismo real” en 1989 fue interpretado por muchos como un “final de la historia” en el que se habrían agotado definitivamente las fuerzas revolucionarias. A las ruinas físicas del muro de Berlín habría que añadir las metafóricas de los grandes sujetos políticos capaces de transformar de forma radical, rápida y decisiva las estructurales sociales, económicas, políticas y culturales. De este modo, al fermento político, complejo y con matices, que cristalizó en 1968 en movimientos de diversa índole, y se prolongó, de forma más o menos distorsionada en los años setenta, habría de seguir una *pax capitalista* en la que la tarea de la política sería la de administrar lo realmente existente, un mundo feliz en el que propiedad privada y libertad de empresa, desde el liberalismo europeo o desde el comunismo autoritario asiático, garantizarían una *happy governance*. En el proceso, el reformismo se habría desvinculado definitivamente de cualquier perspectiva de cambio de sistema socioeconómico, y pasaría a formar parte de la gestión de la resiliencia (uno de los conceptos cuya trayectoria disciplinar es quizás más reveladora del período histórico en que nos encontramos).

Y sin embargo, desde los atentados del 11-S, y de forma aún más clara y neta, desde la “poli-crisis” de 2008, el final de la historia parece a su vez haber llegado a su propia conclusión, al ponerse de relieve los límites estructurales del reformismo, presa de la contrarrevolución neo-ordo-liberal. De ello no se deriva, antes al contrario, una recuperación de la fuerza normativa y social de la revolución, sino quizás el redescubrimiento de la mutación y de la revolución pasiva como marcos conceptuales con los que ser capaces de reconstruir aquellas situaciones en las que se producen transformaciones sociales continuas y permanentes que alteran radicalmente el orden político, aun sin rupturas o quiebras explícitas. Y a las que hemos ido aprendiendo a resignarnos, dicho de otro modo, a sufrir pasivamente.

Podemos decir que en este punto de nuestra reflexión nos encontrábamos cuando nos vimos obligados a profundizarla tras la publicación del curso de filosofía política de Norberto Bobbio, *Mutamento politico e rivoluzione*. La lectura de la transcripción de las clases de Bobbio no solo permite tomar conciencia de la densidad de unos años marcados en Italia (y en toda Europa Occidental) por el evento parteaguas que fue el secuestro y asesinato de Aldo Moro, sino a recobrar una perspectiva culturalmente fundada sobre el cambio político. Una perspectiva que, con todos los límites que se quiera, era aún capaz de entender y cultivar la capacidad transformadora de la reflexión política. Lo que se nos antoja fundamental en un mundo en el que, como señala Vitale, la ruptura se ha vuelto cuestión decisiva si queremos asegurar la continuidad del experimento humano en la tierra, pero en el que somos incapaces de pensar la transformación, ni en forma reformista, ni en forma revolucionaria. Como un crítico literario británico acertadamente apuntara, estamos en un punto en el que es más fácil imaginar el fin del mundo (de ahí la proliferación de las distopías) que la construcción de uno nuevo a través de la acción política.

Ese es el impulso que late a este número de *Las Torres de Lucca*, en el que nos proponemos volver a pensar la tensión entre revolución y reforma, sin olvidar a la mutación como tercero en discordia.

Los trabajos se encuadran en dos secciones.

En la primera, el objetivo es volver a la cantera inagotable de la historia de la teoría política y de las ideas, y mirar con ojos nuevos el pensamiento de l@s clásic@s, o de l@s pensadores en los márgenes del canon, al mismo tiempo situándol@s en el contexto político, social, económico y cultural de su tiempo, y haciendo su pensamiento vivo y relevante.

¹ Departamento de Filosofía y Sociedad. Facultad de Filosofía. Universidad Complutense de Madrid

Correo electrónico: agustmen@ucm.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2679-2080>

² Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas. Universidad Carlos III de Madrid

Correo electrónico: agreppi@der-pu.uc3m.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6035-5714>

El trabajo de *Vitale* que abre este número parte encuentra su causa inmediata, como este número especial, en la publicación de las lecciones de Bobbio sobre transformación y mutación política, impartidas en el, a un mismo tiempo, cercano y lejano 1979. Vitale levanta acta de cómo ha cambiado la sociedad, y dentro de ella, la universidad. Y describe, sin espacio para la nostalgia ni para las falsas ilusiones, la encrucijada en la que nos encontramos: cargados de ansia ante acontecimientos que hacen necesaria la ruptura con nuestra realidad estructural social, política, económica y cultural en un momento en el que no solo distan de darse las condiciones necesarias para que se produzca esa “revolución”, sino también en el que (por buenas razones) recelamos de la capacidad emancipatoria y liberadora de la ruptura.

Hemos elegido partir de Kant. No solo porque su rompedora metafísica tiene profundas consecuencias políticas, sino porque las tensiones y ambivalencias en su pensamiento anticipan nuestro oscilar entre la imposibilidad del reformismo y la cautela ante la revolución. *Maliks* vuelve de forma detenida y precisa sobre la tensión entre el rechazo del derecho de resistencia (y más aún de revolución) en muchas de las obras políticas de Kant (no en menor medida en *Teoría y Práctica*), y su caracterización de la Revolución Francesa como un evento radicalmente emancipador, guía del filósofo en su consideración del derecho público en la *Metafísica de las Costumbres*.

La ambivalencia kantiana encuentra una continuidad casi natural en el pensamiento de Hegel, como subraya desde el inicio de su trabajo *Bourke*. En este texto, conferencia inaugural como titular de la cátedra de historia del pensamiento político de la Universidad de Cambridge, el autor da cuenta del papel central que la reflexión sobre la revolución, en concreto sobre la Revolución Francesa, tuvo en la forja del pensamiento político del autor alemán. Amén de ir contra la corriente de una interpretación poco atenta a la consistencia concreta de su pensamiento, Bourke propone un modo de hacer filosofía política e historia de las ideas atenta a la forma en la que se combinan razonamiento histórico y razonamiento filosófico, y que, normativamente comprometida, sea capaz de recuperar los conceptos del pasado para explicar el presente.

Mansuy y *Svensson* parten de lo que puede parecer un detalle en la historia del pensamiento político: el hecho de que no haya apenas rastro de la lectura de Constant en Tocqueville. Y es que el segundo no menciona al primero ni en sus obras públicas ni en su correspondencia. A partir de este pequeño y curioso misterio, los autores articulan una lectura de los trabajos de ambos que pone de relieve las diferencias, que distan de ser banales, en la forma en que proponen fundar un orden político, a la vez respetuoso de las libertades (nos atreveríamos a decir fundamentalmente modernas en el sentido constantiano) y capaz de estabilizar la ruptura revolucionaria. Ello contribuye a dilucidar las concepciones de la política de ambos autores, y quizás, a explicar la fluctuante importancia que se ha dado a ambos. En particular, el *revival* de Tocqueville durante la guerra fría, especialmente en la anglosfera, podría guardar relación con su reivindicación del carácter incierto del futuro, de su rechazo de toda forma de teleología de la historia. Abierta pues a ulteriores mutaciones, también revolucionarias (y contrarrevolucionarias).

Desde una perspectiva histórica y comparada, *Crespín Perales* no solo nos da cuenta de la peculiar trayectoria de la nueva izquierda japonesa, sino que pone de relieve el peculiar modo y manera en que la misma conduce a la pérdida de todo potencial de ruptura política. Si el nosotros del comunismo en su versión estalinista anulaba toda individualidad de la persona, la nueva izquierda va a acabar disolviéndolo en el individuo, y reduciendo por tanto lo colectivo a la yuxtaposición de sujetos, reducidos a la impotencia política, incapaces de pensar con la gramática colectiva. De este modo, el horizonte de la ruptura desaparece por completo, la revolución se convierte en mera rebelión, que termina por reforzar al *statu quo* (como observara, nos recuerda la autora, un sagaz analista de la CIA).

Si bien el objeto y la estructura del trabajo de *López Pérez* son muy diferentes, centrados en una comparación del pensamiento de Adorno y Pasolini sobre mayo del 68, cabe detectar una cierta continuidad entre ambos. Según la autora, ambos pensadores confluyen en una crítica del 68 (alemán e italiano), en el que ven, en esencia, la conquista del mundo de la vida por el neocapitalismo. Tras la radicalidad y rupturismo de la retórica de los sesentayochistas se esconden unas prácticas y un imaginario forjado por el propio neocapitalismo, y por ende, conducente al reforzamiento del mismo, no a su debilitamiento. Los revolucionarios son objetivamente la garantía última de la estabilidad del sistema, *figli di papà* incapaces de dirigir a la sociedad más allá del *statu quo*.

Este argumento contrasta con la rearticulación del pensamiento de Adorno que nos propone *Celma Vendrell*. Adorno representa, quizás habría que decir encarna, la toma de conciencia del trauma profundo que supuso la barbarie nazifascista en la filosofía, también en la filosofía política, como tradición. Y ello llevó a lo que ha sido descrito como un giro desde la filosofía que está en el mundo y se proyecta en la praxis política al refugio de la teoría (un giro y una trayectoria que, no hace falta decirlo, caracterizaron en su conjunto a la trayectoria política e intelectual de Alemania Occidental). Pese a ello, contra ello, *Celma Vendrell* desliga el pensamiento de Adorno de la “ofuscación de las circunstancias” y nos muestra el potencial político del mismo, no en menor medida revelador de las contradicciones sociales e iluminador de las dimensiones políticas que escapan a lo políticamente establecido, a lo considerado institucionalmente como política.

Una lectura no en clave diferente, sino opuesta, la ofrece *Fusco* en su trabajo sobre el *operaismo* italiano, que contrasta con el giro que representa el *compromesso storico* del Partido Comunista Italiano (PCI). El trabajo pone de relieve la medida en la que la crisis que atraviesa el PCI tiene que ver con las profundas transformaciones que se producen en la estructura socioeconómica, con la mutación del capitalismo, que pasa de ser fundamentalmente un sistema económico a un sistema social con la aparición de lo que ha dado en denominarse la *fabbrica difusa*. La forma y manera en que se interpretan los acontecimientos que aumentan la densidad del tiempo a finales de los años sesenta y primeros años setenta llevan al PCI a una posición decididamente reformista, llamada a culminar con el apoyo al gobierno de la Democracia Cristiana, truncada por el secuestro y asesinato de Aldo Moro. De otra, la explosión de grupos autónomos en la izquierda extraparlamentaria, en parte aglutinados en torno a una *autonomia*

operaia intelectualmente liderada por Toni Negri, que renueva la expectativa de la quiebra radical del sistema socioeconómico y político.

En la segunda parte del dossier, el objetivo es reimaginar las formas a través de las que es posible encauzar la fuerza normativa de la teoría política, levantando acta del agotamiento de los conceptos históricos de revolución y reforma, y desentrañando la matriz a la vez premoderna y postmoderna del concepto de mutación.

La concepción moderna de revolución, sea liberal o sea marxista, presupone un agente colectivo, la nación, el pueblo o el proletariado. Sin embargo, entre las patologías de nuestras sociedades se encuentra no solo la atomización, la transformación continua de las personas en individuos ansiosamente aislados, sino la pulverización de los vínculos sociales. Ambos procesos pueden ser vistos como una poderosa declinación del *divide y vencerás*, en la medida en la que hacen imposible el tránsito de la pluralidad a la unidad. Frente a este estado de cosas, *Barria-Asenjo* y sus coautores nos proponen profundizar en las contradicciones de nuestro sistema socioeconómico (paradigmáticamente las anejas a la distinción ya propuesta por Marx entre trabajo productivo y trabajo improductivo) para poder imaginar nuevas formas de articular la unidad en la pluralidad de las luchas sociales.

Esquirol nos invita a repensar revolución y resistencia a la luz del pensamiento foucaultiano, en particular su insistencia en la dimensión política de espacios y prácticas. El autor propone prolongar el estudio del filósofo francés de lo que denominara heterotopías, los “otros” mundos que al mismo tiempo reflejan y alteran el mundo social y político mediante la consideración de lo que se designan como “altertopías”, los lugares “otros” o alternativos respecto a lo que domina, en suma, los espacios de resistencia, en los que la resistencia positiva puede devenir posible. El estudio se centra en la imaginación de la escuela como lugar de resistencia a las fuerzas que aspiran a colonizarla, de forma más o menos explícita, de forma más o menos frontal, y como espacio en el que hacer posible otra forma de ser y de entenderse.

La imposibilidad de disolver el vínculo entre política y educación es manifiesta, al menos, desde el Protágoras de Platón (el único diálogo—recordémoslo—en el que Sócrates no gana la batalla argumentativa). De entre los pensadores que encarnan una concepción radicalmente rompedora (y literalmente revolucionaria) de la educación no puede obviarse a Paulo Freire. A una lectura en clave rupturista dedica su trabajo *Morollón del Río*, quien acertadamente nos recuerda la imposibilidad de una escuela y de una pedagogía asépticamente neutras, al tiempo que enfatiza la medida en la que Freire insiste en el carácter emancipador de la educación, precisamente en tanto que proceso no unidireccional, sino multidireccional, dado que en el mismo no solo se transforma el educando, sino también el educador; y dado que ni la escuela (o la universidad) puede estar cerrada a la vida social, económica, política y cultural, ni el proceso de aprendizaje y de formación se produce exclusivamente en los confines de las aulas.

El número se cierra con dos textos de Condorcet, uno de ellos aún inédito en castellano, el otro publicado aquí en una nueva traducción. Se trata de dos intervenciones de Marie-Jean-Antoine-Nicolas De Caritat en el fragor de la batalla revolucionaria, en los que pone de relieve sus credenciales de ilustrado radical, valiéndonos del término feliz acuñado por Jonathan Israel. Frente a la interpretación “conservadora” que, como Maliks recuerda respecto a Kant, pretende considerar que solo la revolución de 1789 habría sido una genuina y legítima revolución, y que a partir de 1792 se abrió paso un proceso condenado a devorar a sus propios autores, Condorcet defiende las credenciales revolucionarias de un movimiento político que aspira a la refundación normativa de la política. Republicando estos dos textos, no se trata, claro está, ni de hacer apología del terror, ni de demostrar lo equivocado del juicio de Caritat. Antes al contrario, nuestro propósito es el de dejar testimonio de que hubo un momento, hubo unas circunstancias, en estuvo abierta una senda de ruptura política capaz de acercarnos a la igualdad en libertad, y de superar las circunstancias trágicas y violentas debidas no tanto a las aspiraciones cuanto a la violencia estructural de todo sistema político basado en la jerarquía y en la dominación.